

# EL REY Y SU MEDICO

H. Pérez-Rincón\*  
G. Heinze\*

*"Deseo permanecer para siempre como un enigma  
para mí y para los demás"*

*Ludwig II. Rey de Baviera.*

## Summary

The first century after the death of the "Mad King", Ludwig the II of Bavary, and his doctor, Professor von Gudden was celebrated in 1986.

The life of this king has been the theme of various literary and historical works, but his death has remained a mystery.

In this article we present a summary of the psychiatric report which caused the destitution of the king a few days before his death. Some historical, nosological and clinical considerations are made.

## Resumen

En 1986 se celebra el primer centenario de la muerte del "Rey loco" Luis II de Baviera, junto a su médico, el Profesor von Gudden, el profesor de Kraepelin. El personaje ha dado lugar a varias obras literarias e históricas y su muerte ha provocado varias dudas; sigue siendo un enigma.

Se presenta en este artículo un resumen del dictamen pericial de los psiquiatras, gracias al cual se destituyó al rey, pocos días antes de la tragedia. Se hacen algunas consideraciones históricas, nosológicas y clínicas sobre el caso.

Este año se cumplen 100 de un hecho histórico cuyas repercusiones para la psiquiatría son de diversa índole: la muerte de Ludwig II, el "rey loco" de Baviera, junto a su médico el Prof. von Gudden.

La República Federal de Alemania celebrará el aniversario emitiendo un sello postal, y varias publicaciones lo han recordado.

La figura del desdichado monarca es conocida sobre todo por su amistad protectora hacia Wagner y por su entusiasmo constructor de varios de los más grandiosos castillos de esa región germana, cuyos sobrecargados interiores son la admiración de los turistas.

Una aproximación bastante fiel al personaje, desde el punto de vista biográfico, lo constituye sin duda el filme "Ludwig", de Luchino Visconti, en el que Helmut Berger logra una caracterización extraordinaria. La ambientación, como es la regla en las obras de este director genial, abarca en su detallismo preciosista tanto los aspectos sociales como los psicológicos.

Un primer motivo de reflexión lo constituye, por supuesto, el aspecto diagnóstico. El cuadro presentado por Ludwig II, quien fue diagnosticado en su tiempo de acuerdo a la nosografía germánica en uso, como "paranoia" (*Verrukheit*), corresponde ahora, sin lugar a

dudas, a lo que recibe el nombre de esquizofrenia paranoide, de acuerdo a los criterios del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-III) y a los de la Clasificación Internacional de Enfermedades de la OMS (ICD-9).

El segundo punto tiene que ver con ese aspecto de la herencia y la carga familiar que se ha descrito en algunas casas reales europeas y que constituye tanto un enigma histórico como un interesante modelo quasi experimental de transmisión biológica de las enfermedades mentales. En el dictamen que se presenta a continuación se menciona entre los antecedentes familiares solamente a una tía y a un hermano del monarca, pero un análisis más amplio descubre rasgos de tipo psicopatológico en un número asaz elevado de consanguíneos. Baste señalar a la emperatriz Elizabeth de Austria, prima de Ludwig, cuya franca esquizoidia la hacía muy diferente al almirado personaje que interpretó Romy Schneider a lo largo de la serie de filmes rosas de "Sissi".

A lo largo del tiempo, y hasta nuestros días, los Wittelsbach han sido considerados como "excéntricos" y no conformistas. Lo que no impide que, al igual que como ocurrió en un principio con el propio rey, haya habido entre ellos algunos ilustres protectores de las artes. Un ejemplo positivo lo tenemos en la reina Elizabeth de Bélgica, abuela del actual soberano.

El tercer punto lo constituye la novedad histórica del establecimiento de un diagnóstico pericial en el que un grupo de médicos va a dictaminar sobre el estado mental de un gobernante y su veredicto tendrá valor legal. Esto ocurre en un momento en el que la Psiquiatría ha adquirido ya, a pesar de todos los alean de su evolución, un reconocimiento social y legal. Monarcas y príncipes dementes y psicóticos los ha habido siempre y los seguirá habiendo. La obra de Suetonio, por ejemplo, es un verdadero tratado de psicopatología y su observación es a veces tan rigurosa y sus descripciones tan precisas que los psiquiatras pueden establecer diagnósticos claros de muchos de los emperadores sin mayor problema nosográfico.

La historia antigua y la contemporánea describen no pocos de estos casos, y las consecuencias de sus perturbaciones han tenido repercusiones extraordinariamente graves para sus países o para la humanidad.

En el caso que nos ocupa, la sintomatología es tan gravemente invalidante, tan obvia, que el *entourage* decide recurrir a esa nueva disciplina médica para apli-

\*Instituto Mexicano de Psiquiatría, Calz. México-Xochimilco 101. Col. San Lorenzo Huipulco, 14370 México, D.F.

car su aspecto médico-legal (ya presente desde Esquirol) en la persona de un soberano. El dictamen pericial de un jefe de estado es un antecedente del que, desgraciadamente, no se tomó ejemplo tan frecuentemente como hubiera sido deseable.

El cuarto motivo de reflexión lo conforma esa duda que el público deja correr sobre toda decisión médica, y más específicamente sobre las que conciernen a los psiquiatras, sobre todo cuando el sujeto de su dictamen es poseedor de alguna de las formas del poder. Igual que como ocurrió en los casos históricos precedentes de Juana de Castilla y del Príncipe Don Carlos, su biznieto, no faltó quien propusiera la hipótesis del complot político, en el que los médicos fungían como instrumentos represores (teoría antipsiquiátrica *avant la lettre*) a pesar de la gravedad de la conducta de estos personajes. Con semejante óptica, Ludwig sólo podría ser considerado como un artista incomprendido.

Finalmente, el hecho que ahora recordamos es paradigmático de uno de los peligros de la práctica psiquiátrica que no deja de habitar el imaginario colectivo a pesar de su inexplicable rareza estadística: la muerte del psiquiatra a manos de su paciente.

En este caso, al elevado sitio del paciente correspondía el del médico: von Gudden, el maestro de Kraepelin, al que el sucedido otorgará la aureola del sacrificio.

Johann Bernard Aloy von Gudden nació en Cleves el 7 de junio de 1824. Realizó sus estudios en Bonn, Berlín y Halle en donde presentó su tesis en 1848. Inicialmente pensó dedicarse a la dermatología pero pronto se orientó hacia las enfermedades nerviosas. En 1849 ya era médico en el asilo de Siegburg, dirigido entonces por Maximilian Jacobi, seguidor alemán de las ideas de los Tuke. En 1855 tomó la dirección del asilo de Werner, cerca de Würzburg, de reciente construcción, que fue el primer establecimiento alemán que aplicó los principios de la no-restricción.

En 1869 tomó a su cargo la prestigiosa clínica universitaria del Burghölzli, en Zurich, e inició ahí su enseñanza de la Psiquiatría. A la muerte de von Solbrig se le adjudicó la dirección del Asilo de la Alta Baviera en Gabelsee y la Cátedra de Psiquiatría de Munich, que hasta hoy en día continúa siendo una de las posiciones de mayor prestigio dentro de la psiquiatría alemana e internacional.

Fue ennoblecido y el gobierno bávaro, frente a la aguda crisis política que provocaba su enfermedad, le pidió que tomara a su cargo al Rey Ludwig. Sin explorarlo personalmente por "no molestarlo y considerarlo superfluo", estableció con otros tres médicos el dictamen pericial que se presenta a continuación, basándose en una serie de interrogatorios indirectos. El dictamen se firma el 8 de junio y el 11, perseguido por el remordimiento de haber dictaminado sin verlo, von Gudden decide hacerse cargo personalmente de su real enfermo. Ese día decide el traslado de su paciente del Castillo de Neuschwanstein al de Berg, habilitado como asilo de lujo. La entrevista de ambos personales es relatada por Julius Desing: Estando frente al rey, von Gudden le manifiesta: "—Majestad, he aceptado la tarea más triste de mi vida. SM ha sido dictaminado por 4 psiquiatras y, de acuerdo con lo expresado en ese dictamen, el prínci-

pe Luitpold se ha hecho cargo de la regencia del reino. Tengo la orden de conducirlo esta misma noche al castillo de Berg". A lo cual el rey contesta: "—¿Cómo es posible que usted me haya declarado enfermo mental si nunca me ha interrogado ni explorado?". "—Majestad, esto no fue necesario. El material contenido en las actas fue extenso e impresionante". El rey preguntó entonces cuánto tiempo duraría el tratamiento, a lo que von Gudden contestó: "—Por lo menos un año". "—Bueno, seguramente podrá acelerarse. Al fin se puede hacer como se hizo con el sultán. Es muy fácil eliminar de este mundo a un ser humano". Dos días más tarde, en el curso de un paseo por el lago de Starnberg, ocurre la tragedia. Los cuerpos fueron rescatados al día siguiente y desde ese momento se postularon las hipótesis que permanecen sin aclarar: el rey, un coloso de 1.90 m asesina a su médico y se suicida por ahogamiento; el rey quiso huir y se estableció una lucha entre ambos; fue una muerte accidental; terceras personas los mataron a los dos.

Von Gudden fue un notable neuropatólogo (describió la degeneración neuronal retrógrada) y realizó algunos trabajos neurológicos sobre la motilidad y la sensibilidad oculares y sobre craneometría, y contribuyó activamente, a partir de 1870, a la publicación de los "Archivos de Psiquiatría".

Kraepelin, que ocuparía la Cátedra de Munich en 1903, tuvo como asistente a uno de los trece hijos que dejó von Gudden.

## DICTAMEN

- Resumen del dictamen que se encuentra en la caja fuerte del Instituto de Psiquiatría de la Universidad de Munich (Antiguo Kaiser Wilhelm Institute):

Dictamen médico que establecen el 8 de junio de 1886

Von Gudden, *K. Obermedizinalrath*  
Dr. Hagen, *K. Hofrath*  
Dr. Grashey, *K. Universitäts-professor*  
Dr. Hubrich, *K. Direktor*

acerca del estado mental de Su Majestad, el Rey Ludwig II de Baviera.

Este dictamen se basa en las declaraciones del personal de Palacio y del Ministerio, pero no en un interrogatorio directo, por temor a molestar a Su Majestad y por ser superfluo el examen.

Se describen inicialmente algunos antecedentes de patología familiar:

Su tía, la princesa Alexandra, sufrió una enfermedad mental crónica e incurable hasta su muerte. Su hermano, el príncipe Otto von Bayern, padece desde su juventud una enfermedad mental incurable.

Su Majestad se quejaba de estados de angustia, con inquietud interna, que lo hacían sufrir mucho en forma constante.

Este cuadro se inició desde su temprana juventud (17 años), cuando era teniente de la guardia.

Manifestaba también experimentar sensaciones en el tórax y en el abdomen, alucinaciones de todos los

sentidos, y estados de inquietud motora (movía rápidamente brazos y piernas).

Frecuentemente estaba irritable y cometía actos impulsivos.

A menudo decía “nadie tiene que darme órdenes, ni el rey mismo”.

El príncipe Otto le comunicó a von Gudden sus propias molestias y le dijo que Su Majestad padecía síntomas semejantes.

Cuando el Rey caminaba por el jardín inglés de Munich siempre daba la orden de que cuidaran que nadie se encontrara con él.

Poco tiempo después de haber ascendido al trono, el *Staatsrath* von Neumayr comunicó al médico lo difícil que era para el Rey presentarse en público, y de acuerdo con las declaraciones del consejero ministerial, von Ziegler, del consejero Eisenhart y de otra persona del gabinete, era muy difícil para Su Majestad dar audiencias, especialmente aquellas que tenían que ver con asuntos de estado.

El temor a encontrarse con personas ajenas iba constantemente en aumento. Dejó de acudir a la iglesia de Berg para no tener que ver a la gente, hasta que mandó construir una iglesita romántica para oír la misa sin que nadie más estuviera presente.

Según el testimonio de sus allegados palaciegos, cuando él asistía al teatro nadie más podía hacerlo, pues no le gustaba encontrarse con la gente.

Su trato con la gente se hizo cada vez menos frecuente, y después de las vacaciones invernales en Hohenschwangau, fue terrible para Su Majestad volver a Munich.

La orden de partida se daba hasta el último momento, pues desde semanas antes Su Majestad se irritaba si sabía que la corte debería viajar.

Antes de abordar el tren se mostraba indeciso, inquieto, y manifestaba que preferiría quedarse, ya que Munich era para él “un martirio, una cárcel”. Para darse valor tomaba de 8 a 12 copas de champagne.

De acuerdo con el *Stallmeister* Horig, cuando llegaba el tren a Munich, el Rey se mostraba iracundo y rechazante.

Los discursos de Su Majestad se prolongaban durante 3 y 4 horas por no saber como terminarlos, lo cual irritaba a los huéspedes; además, utilizaba términos de lo más increíble. Muchas veces cancelaba sus discursos 24 horas antes de la ceremonia.

Cuando tenía que asistir a una cena en la que tenía que hablar, mostraba un nerviosismo inimaginable. Se informaba sobre los invitados, deambulaba incesantemente y formulaba incontables deseos.

Su Majestad ordenaba que en el lugar más importante de la mesa se pusieran muchas flores a fin de poder ocultarse tras de ellas, y pedía que la música tocara lo más ruidosamente posible.

Según Ziegler, se sentaba y lanzaba miradas molestas o iracundas hacia todos lados. Sacaba frecuentemente su espada y golpeaba el piso. En una representación wagneriana en Bayreuth, en 1876, hizo lo mismo.

De acuerdo al *Stallmeister* Horig, le gustaba montar cuando había luna llena. Se hacían fiestas en el bosque

a las que invitaba a los lacayos. Ahí se bebía en las tiendas de campaña y se jugaba. Estas cabalgatas se hicieron menos frecuentes por temor a la gente, pero en su castillo celebraba reuniones semejantes en su habitación, en donde se tomaban helados y se fumaban pipas turcas.

En Lindenhof, el Rey dejó de tener contacto personal con los miembros más importantes del ministerio y trataba con los empleados más bajos. Al Secretario del Gabinete lo veía una vez al año y nunca recibía al Secretario de la Corte. Sólo trataba a los mozos, lo que lo llevó a un aislamiento impresionante.

No se puede asegurar que Su Majestad padeciera alucinaciones, pero hablan a favor de ello las declaraciones de Hesselschwerdts: “Los mínimos ruidos espantaban al Rey. En sus paseos diurnos y nocturnos comentaba que oía pasos y voces y si yo aseguraba no oírlos, el Rey me decía: “—No oyes bien, mi estimado Hesselschwerdts”.

Según el camarero Welker, cuando el Rey estaba en sus habitaciones escuchaba pasos en los cuartos de arriba, los cuales se tenían que revisar para que Su Majestad se convenciera de que no había nadie (nunca hubo nadie).

Su Majestad hablaba y reía en forma estruendosa estando solo en su cuarto, al grado de que se podía pensar que estuviera en un jolgorio.

El lacayo Mayr, quien aseguró que no había duda de que Su Majestad alucinaba, declaró: “—Yo aguantaba todo, pero me desesperaba cuando el Rey insistía en que lo que se imaginaba era real por más que se le dijera que no existía. Por ejemplo, el Rey me decía —Quita ese cuchillo. Si yo le decía —No Majestad, no hay ningún cuchillo— el Rey se paraba a quitarlo y me reconvenía diciéndome —¿Dónde está? Tu lo quitaste, vuélvelo a poner”.

Al cabalgar frente a un árbol al que él consideraba sagrado aunque nadie supo nunca por qué, hacía una profunda reverencia. Le hablaba y saludaba a una alambrada. Siempre abrazaba a una columna del castillo de Linderhoff cuando regresaba a él después de algún tiempo de no habitarlo. Mientras vivía allí, sólo la tocaba. Los médicos calificaron esto como un trastorno de la sensopercepción y como un trastorno del pensamiento.

No era raro que experimentara crisis de excitación motora. Los movimientos eran de bailoteo y brincoteo, aunados a movimientos de la cabeza o de la barba. Frecuentemente se miraba al espejo y hacía gestos.

A veces tenía episodios de excitación que le duraban horas, durante las cuales manoteaba sin cesar.

Durante horas permanecía jugando tranquilamente con un rizo de su pelo o desordenando su peinado con un peine.

Los declarantes nunca creyeron que los estados emocionales de Su Majestad fueron totalmente normales.

Según la declaración de Ziegler, el Rey tenía un busto de sí mismo en el castillo de Hohenschwangau, y al pasar lo escupía.

Frecuentemente Su Majestad comentaba que deseaba que el pueblo de Baviera tuviera una sola cabeza pa-

ra podérsela quitar de un tajo.

Con frecuencia ordenaba que se aprehendiera a algún personaje importante sin dar a conocer la causa. En 1884, Hesselschwerdts recibió la orden de Su Majestad de apresar a SE el Ministro de Finanzas, von Riedel, y enviarlo a América. Pero después de darse cuenta de que esto no era posible ordenó que lo espieran y le dieran "una madriza" (sic) (*durchzuprügeln*). En forma semejante se condujo con otros personajes del reino.

Su Majestad hacía todo esto porque creía que muchos de ellos estaban en su contra. Durante un año obligó al valet Mayr a llevar una máscara cada vez que tuviera que aproximarse a él. Otro valet, Sauer tenía que usar un traje diseñado especialmente por Su Majestad, y ser paseado alrededor del castillo montado en un asno.

El valet Buchner irritaba tanto a Su Majestad debido a su tontería, que se le obligó a llevar un lacre en la frente para demostrar que su cerebro estaba cerrado.

Sucesivamente apoyaba y rechazaba indistintamente a las personas próximas a él.

Desde que despidió al Consejero Ministerial, Herr Ziegler, que fue el último de sus consejeros con quien tuvo intimidad, lo trató de una manera abominable. Despachaba sus asuntos más delicados y confidenciales frente a sus lacayos, quienes tenían que postrarse ante él y permanecer con los ojos bajos mientras se comunicaban con él a señas. Cuando esto no era posible debían entregarle un recado por escrito.

Cuando se agravó su estado prohibió que lo mirara el lacayo que le servía los alimentos. También le prohibió que viera la comida.

No permitía que lo vieran mientras se vestía. Si un lacayo pronunciaba mal un nombre extranjero lo mandaba encarcelar o castigar, aunque ya nadie cumplía estas órdenes.

Frecuentemente castigaba a sus lacayos pegándoles en forma bestial hasta que sangraban. Treinta personas sufrieron estos ataques, por lo que disminuyó considerablemente el personal a su servicio. En sus últimas comunicaciones hablaba de sus ministros con el mayor desprecio y confundía al dentista, al peñador y a los lacayos con los ministros, por lo que todos estaban enterados de los secretos de estado.

En sus cartas trataba a sus ministros como gente ínfima, y sus mensajes eran incoherentes.

Cada vez pedía más y más dinero para construir sus castillos, pero como ya nadie le prestaba, pues cada vez era más obvio que padecía un trastorno mental, se solicitó un dictamen médico.

Envío emisarios hasta Brasil, Constantinopla y Tetrán a pedir préstamos. Como no consiguió los 25 millones que pedía, dio la orden de asaltar los bancos de Stutgart, Berlín, Francfurt y París. Después ordenó que se le entregaran 80 millones.

Todo este material preocupó mucho a los dictaminadores, quienes manifestaron la conveniencia de tener también una imagen del estado físico de Su Majestad.

El Rey se quejaba desde hacía tiempo de un ligero dolor occipital. Utilizaba vendas frías con hielo aun durante la comida.

Padecía insomnio, por lo que tomaba dos a tres ve-

ces por semana hidrato de cloral. Desde hacía cuatro años ingería otros hipnóticos desconocidos.

Su Majestad comía de una manera horripilante. Aventaba las salsas y manchaba su ropa constantemente. Su digestión era pésima, pues no tenía ya ni un sólo diente bueno.

Von Ziegler informó acerca de las relaciones sexuales de Su Majestad, pero esta información no se incluyó en el dictamen.

Por lo anterior, los médicos abajo firmantes declaran en forma unánime lo siguiente:

1. Su Majestad padece un trastorno del alma en un grado avanzado dentro del contexto de una enfermedad mental que los alienistas llaman paranoia (*Verrukheit*).

2. Como esta enfermedad es de inicio gradual y progresivo, y tiene un desarrollo avanzado de muchos años, se declara a Su Majestad incurable, pues se espera un deterioro progresivo de su estado mental.

3. Debido a esta enfermedad, Su Majestad ya no puede dar órdenes correctamente, por lo tanto, está incapacitado para seguir llevando las riendas de este reino.

Munich, 8 de junio de 1886.

(Rúbricas)

Llama la atención que en el dictamen se evite hablar de la vida sexual del rey. Es sabido que sufría enormemente a causa de la culpa que le generaban sus tendencias homosexuales. Hubo un intento de matrimonio, y el 22 de enero de 1867 se comprometió con su prima la princesa Sofía Carlota de Baviera. Se programó la boda para el 12 de octubre de ese año, pero de manera repentina, el compromiso se anuló el 10 de octubre sin que se diera ninguna explicación. La princesa estaba de todas maneras destinada a una vida trágica: se casó con un príncipe francés de la casa de Orleans y murió quemada en el incendio del Bazar de Charité.

Ludwig ya no volvió a formular proyectos en ese sentido.

En la autopsia practicada al rey llamó la atención el escaso peso encefálico (1349 gramos) que contrastaba con su corpulencia.

Otro de los puntos que recientemente se ha vuelto a considerar es el del aspecto político que rodeó su acción. Su reinado coincide con la creación del imperio alemán al cual apoyó tras la presión (y tal vez el soborno económico) de von Bismark. Ludwig no asistió a la proclama del rey de Prusia como emperador de Alemania.

Es evidente, por otra parte, el peculiar interés que desde un principio muestra por el arte en detrimento de la dedicación a los asuntos de estado, y el provecho que de todo ello obtuvo Wagner, quien parece ser que dejó correr un cierto equívoco en su relación con el rey. El Ministerio lo consideró como un aprovechado y oportunista. Los wagneristas no dejarán de agradecer al monarca todo el apoyo que le brindó.

Entre las muchas dudas que persisten podríamos citar uno de los puntos citados en el dictamen pericial y

que es aquél en el que se dice que Ludwig comentaba que desearía que el pueblo de Baviera "tuviera una sola cabeza para podérsela quitar de un tajo". Esta es justamente una de las ideas que solía expresar Calígula, según asienta Suetonio (el que a su vez ha sido acusado de cargarle la mano a la psicopatología de sus personajes). Aquí caben tres posibilidades: una extraña coincidencia en dos príncipes psicóticos (aunque de diverso diagnóstico); que Ludwig repitiera una frase de Calígula con la que se sentía plenamente identificado; o bien que propositivamente los entrevistados que brindaban los datos a los médicos dictaminadores la hubieran

agregado para subrayar la peligrosidad del monarca.

Atrás de los textos biográficos, de las anécdotas, de su apodo de "Rey de cuento de hadas" (*Märchenkönig*), de las celebraciones que brindarán buenas divisas al gobierno provincial bávaro, persiste en este caso la condición trágica de una relación médico-paciente que a pesar de su brevedad, ambos personajes vivieron hasta sus últimas consecuencias, cortando, a causa de una imprudencia que es a su vez interpretable, una de las carreras más brillantes de la psiquiatría alemana del XIX.

## REFERENCIAS

ANONIMO. Ein Schattenkonig will ich nicht sein. *Der Spiegel*, N. 14, 40-72, 31 de marzo 1986.  
DESING J: *König Ludwig II. Sein Leben-Sein Ende*. Verlag Kienberger. Lechbruck, 1974.  
MORAND P: *La dame blanche des Habsbourg*. Librairie Acad. Perrin. París, 1980.  
POSTEL J, QUETEL C: *Nouvelle Histoire de la Psychiatrie*. Privat. Toulouse, 1983.

SUETONIO: *Vita Doudecim Caesarum*. Col. Universites de France. Soc. d'Edit. "Les Belles Lettres". París, 1961.  
VISENTI B: Giù dal mito, Ludwig. *L'Espresso*. No. 22, 142-145, 8 de junio 1986.  
WOBKING W: *Der Tod König Ludwig II, von Bayern*. Rosenheimer. Munich, 1986.